



ALFREDO GUEVARA

(La Habana, 1925).

Fundador del Instituto
Cubano del Arte e Industrias
Cinematográficas (ICAIC).

Uno de los impulsores
del movimiento del Nuevo
Cine Latinoamericano.

Presidente del Festival
de Cine Latinoamericano
de La Habana. Fue miembro
del Consejo Ejecutivo

de la UNESCO y profesor
de la de la Universidad de
La Habana. Autor de textos

como *Tiempo de Fundación*
y *Revolución es lucidez*, así
como de los libros dedicados

a Glauber Rocha y Cesare
Zavattini. Dirige la colección
de documentales *Persona*
y *Pensamiento*.

LOS AÑOS DE LA IRA

Viña del Mar 67

Idea, selección y prólogo

ALFREDO GUEVARA Y RAÚL GARCÉS

Nuevo Cine
Latinoamericano
ediciones

Idea, selección y prólogo: Alfredo Guevara y Raúl Garcés
Colaboración: Rosa E. Brito
Edición: Marietta Suárez
Diseño gráfico y composición: Enrique Mayol y Yodanis Mayol

Las fotografías fueron facilitadas por la revista *Cine Cubano*, el Archivo Fílmico del ICAIC y Alfredo Guevara.

© Alfredo Guevara y Raúl Garcés, 2007
© Sobre la presente edición:
Ediciones Nuevo Cine Latinoamericano, 2007

Sobre la presente edición quedan reservados todos los derechos. Queda prohibida sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluida la reprografía y el tratamiento informático.

Han colaborado con esta edición: la Cinemateca de Cuba, la revista *Cine Cubano*, el Archivo Fílmico del ICAIC, la Casa del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, así como Miguel Littín y Sergio Trabucco.

ISBN: 978-959-299-001-2

Editorial Nuevo Cine Latinoamericano
Casa del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, Calle 2 no. 411 e/ 17 y 19,
Vedado, La Habana, Cuba

Nada alcanza a parecerme más ridículo y pretencioso que citarse a sí mismo. Y heme aquí haciendo el ridículo y corriendo conscientemente el riesgo de resultar pretencioso. Debo por tanto explicarme. No encuentro otra solución para iniciar una introducción a textos que ya están lejos y de los que muy cerca estamos porque forman parte de nuestras vidas y del nacimiento del Nuevo Cine Latinoamericano: Viña del Mar fue un hito decisivo y en su marco se produjo ese instante, casi inaprensible mientras vivido, y ahora nítido, de la conciencia de sí. Allí el encuentro se hizo unidad porque nos descubrimos ya para siempre diversos; y ya para siempre, uno. Ésa fue la experiencia definitiva, aquella en que dejamos de ser cineastas independientes o de los márgenes, experimentales, buscadores, promesas, aficionados, para descubrirnos lo que ya éramos sin saberlo: un Nuevo Cine; el «Movimiento», y es bueno subrayarlo, que de ese Nuevo Cine hace una constante indagación renovadora, es decir revolucionaria, es decir poética.

No era el primer Encuentro. Nos habíamos llamado «independientes»; y unos en Montevideo y otros en Santa Margarita Ligure y en Sestri Levante, iniciamos los pasos que nos acercaban a ese instante que tendría que llegar según madurábamos como cineastas y cinematografías, y maduraba, en nuestro entorno, y al precio de conmociones no pocas veces sangrantes, la conciencia bolivariana. Acaso el más interesante presagio lo ofrecieron precisamente aquellos que apenas se asomaban al cine y que comprendieron, informemente,

que un Festival y Encuentro, en Viña del Mar, en el Cono Sur, de latinoamericanos, de jóvenes, y en aquellos días, no podía ser sino una Anunciación.

No sé si fue una estrella la que les condujo; sé que recorrieron grandes espacios, que atravesaron montañas, y que muchachas y muchachos de nuestros días arribaron mochila al hombro, sin un céntimo, haciendo *auto-stop*, para pedir exigiendo que la Reunión de Cineastas de América Latina tuviese un Presidente de Honor: el Comandante Ernesto Che Guevara.

De regreso a la patria y a mi ciudad, narré emocionado aquella experiencia y debí explicar a nuestro pueblo, y a nuestros cineastas, que había nacido un movimiento artístico, auténtico, riguroso, balbuciente y liberador. Y para hacerlo tuve que intentar definiciones; es decir, debí explicarme a mí mismo, cuanto acababa de vivir; y más exactamente cuánto comenzábamos a vivir los cineastas de América Latina, del continente y de las islas. Creo que se reproducen las respuestas a que hago referencia. Pero hay párrafos que no puedo dejar de retomar fragmentariamente. Decía entonces que «es el clima de América Latina, en resumen, el que asegura un cine revolucionario en los próximos años, y el que lo hace posible hoy día». Y me atrevería a calificar el Movimiento como «...testimonio del más combativo y auténtico patriotismo: el de los combatientes por la liberación de América Latina». Para el Nuevo Cine Latinoamericano no resultaba ni siquiera suficientemente clara su tarea y si se quiere su ambición, o el reto que la historia imponía. Si para «... los compositores musicales, los coreógrafos y bailarines, los pintores y escultores, los estudiosos del folklore y de las formas culturales incorporadas a la tradición, los sociólogos e historiadores» afrontar la «...parte del combate por la liberación...» y «reencuentro de la propia fisonomía y revitalización de impulsos que hacen de un pueblo protagonista de su propia historia», tiene un punto de partida, para los cineastas la situación era, en aquellos días, muy distinta; no ya porque el cine, nacido con el Siglo, y en el mismo período de despegue del imperialismo norteamericano, quedó envuelto desde sus inicios en tupidas estructuras comerciales, reducido siempre

a la condición de mercancía, y no pocas veces a la de banalidad más o menos seriada, sino, sobre todo, porque dio lugar en nuestros países y en condiciones de dependencia y subdesarrollo, a un nuevo espécimen intermedio, no tan sofisticado ni tecnológicamente perfecto como el producto medio de los grandes centros productores pero sí sustancialmente mimético o, cuando pretendidamente «nacional» y «popular», en realidad costumbrista a ras de tierra, conformista, paródico, degradado y lloriqueante.

No buscó, ni podía encontrar inspiración ese cine alternativo en la obra de los más destacados cineastas norteamericanos o ingleses, italianos o franceses y mucho menos en sus búsquedas expresivas, o cuando se produjeron, en las corrientes estéticas (e ideológicas) a que dieron lugar; si hablamos de mimesis lo hacemos para referirnos al producto más banal e insignificante, a las fórmulas menos creativas y más rutinarias, cuyo último y primer objetivo era (y es) conquistar la «taquilla» entreteniéndolo sin inquietar.

La nueva cinematografía que nos tocaba sentir ya presente, resultaba, de este modo, no de la superación de viejos esquemas, realidades y prácticas, sino de un salto de la historia; porque en medio de muy complejos combates, y en virtud de ellos, la conciencia de sí en el marco de la cultura artística, y de nuestra cultura latinoamericana y caribeña, no podía sino desencadenar experiencias inéditas, y entre ellas, la de descubrir las posibilidades que abren los medios técnicos de expresión y comunicación que, en manos del opresor, eran objeto de análisis, de odio, y de condenas, pero que, retomados por los artistas, y a veces, simplemente por combatientes, devenían instrumentos de otro carácter e inauguraban lenguajes que casi siempre partiendo del testimonio y el directo encuentro con realidades e imágenes imponentes, permitían, pese a la inmediatez obligada y a sus limitaciones, avizorar ese decantamiento que conduce inexorablemente a la poesía. Por eso subrayamos entonces que «...esas vanguardias, y esos combates, suponen la apertura que permite el surgimiento, y el desarrollo de una vanguardia artística, y su radicalización». Y como no me refería tan sólo a su voluntad patriótica, bolivariana y liberadora, sino también a su radicalización

artística, tuve buen cuidado de marcar que esa «radicalización» sería también, seguramente, la de los métodos, el lenguaje y retos estéticos planteados a toda vanguardia artística. Esquivar, aborrecer, rechazar, negar toda rutina.

El Movimiento del Nuevo Cine Latinoamericano (y caribeño) tiene ya una historia. No son muchos los años recorridos, pero si tomamos por punto de vista referencial a aquellos privilegiados protagonistas de Viña del Mar, entre los que me encuentro, entonces pudiéramos también decir paradójicamente, que no son pocos. Varias generaciones de cineastas entrelazan sus vidas en el Movimiento, y los Festivales Internacionales del Nuevo Cine Latinoamericano y Caribeño prueban que el ímpetu inicial no pierde fuerzas, que la diversidad crece y que el Cine Nuevo no es sólo una realidad sino más aún, y mejor, una realidad en desarrollo; abierta, sujeta a presiones internas, a confrontaciones y búsquedas que hacen justa su denominación de «Movimiento» del Nuevo Cine Latinoamericano.

En el curso de estos años aquel inicial recurso expresivo que tomaba por punto de partida el testimonio y la denuncia ha sido desbordado largamente, y cuando (si) reaparece tiene ya otra y muy distinta significación estética; es la diversidad el rasgo distintivo en nuestros días; y su presencia es tanta que nos hace optimistas pues permite avizorar síntesis y búsquedas que darán esa frescura siempre inédita y renovada que es la sustancia de lo joven, de lo «Nuevo».

No podrá sin embargo accederse a esa síntesis sin la vocación poética que hace del artista artista; y de la obra de arte protagonista único e irrepetible del universo todo, infinitamente repetido y cada instante uno. Sin ese entrenamiento y esa capacidad innata, adquirida, acrecentada y cultivada para universalizar cada particularidad e impregnarla de poesía, lo «Nuevo» devendría ceremonia, el «Movimiento» inercia; la imagen tecnología y rutina; el lenguaje convención y la convención no retorno al anticine que nos permitió descubrir el cine (que es un arte) pero sí a otro producto que no sería cuando menos «Nuevo», aunque tal vez cine sea (sin ser arte).

En esta hora, incitando a la nostalgia, no puedo menos que terminar la introducción, que no he podido ni sabido convertir en recuen-

to, rindiendo homenaje sin nombres, y sin citas, a los que han sido audaces y antirrutinarios; a los que quisieron serlo; y sobre todo a los que lo son hoy, con su obra, con sus proyectos. Y aún con sus sueños. Ellos, los depositarios de la imaginación poética, lo son también de cuanto hizo y puede hacer «Nuevo», al Nuevo Cine Latinoamericano, a nuestro «Movimiento».

ALFREDO GUEVARA



Presentación/7

El nuevo cine latinoamericano.

A la búsqueda de la identidad perdida/15

I. Festival de Viña del Mar 1967

Películas presentadas/32

Jurado Oficial/34

Acta Final del Jurado/35

Premios OCIC/37

Informes de las cinematografías nacionales /37

Brasil/37

Cuba/51

Chile/55

Argentina/60

Uruguay/63

Resoluciones aprobadas por el Primer Encuentro
de Cineastas Latinoamericanos/65

Una mirada al Festival/70

Nuevo Cine Latinoamericano en Viña del Mar/78

II. Hablan los protagonistas

Aldo Francia/84

Jorge Cedrón/89

Eliseo Subiela/92

Paulo César Saraceni/95

Mauricio Berú/98
Edgardo Pallero/104
Rodolfo Kuhn/106
Simón Feldman/110
Eduardo Coutinho/113
Sergio Muniz/119
Carlos Diegues/124
Geraldo Sarno/127
Jorge Goldenberg/129
Mario Handler/132
Caminar por el continente/135
Cine de la valentía/142
Entorno al V Festival de Cine Latinoamericano/144
Carta de Alfredo Guevara a Glauber Rocha/153

III. Festival de Viña del Mar 1969

Acta de la primera reunión plenaria de cineastas/162
Alfredo Guevara habla sobre las jornadas de Viña del Mar/168
Viña del mar: pequeña mesa redonda
con estudiantes latinoamericanos de cine/175
Segundo Festival del Cine Nuevo Latinoamericano/188
Significación de Viña del Mar/191

IV. Viña del Mar, veinte años después

Testimonios/204
Viña del Mar 1967, Alfredo Guevara, Aldo Francia;
el nuevo cine de América Latina/218

V. Valoraciones de la prensa de la época/233